

Alberto Arbasino

LA BELLA DE LODI

Traducción del italiano de
Esther Benítez

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

Capítulo primero	11
Capítulo segundo	17
Capítulo tercero	48
Capítulo cuarto	74
Capítulo quinto	80
Capítulo sexto	87
Capítulo séptimo	90
Capítulo octavo	93
Capítulo noveno	101
Intervalo	115
Capítulo décimo	137
Capítulo undécimo	153
Capítulo duodécimo	159

Esta novela parte, entre otras cosas, del relato homónimo publicado por mí en *Il Mondo* en 1961, y del guion de la película homónima realizada en 1962 por Mario Missiroli, que después la dirigió, y por quien siento un vivísimo agradecimiento.

A. A.

Capítulo primero

Las chicas de Lodi, altas, guapas, con su piel espléndida y un apetito de hombre, cuando son listas pueden ser mucho más fuertes que las de Milán. Cuando son listas, amén de hermosos dientes y hermosos ojos y piernas largas y pelo magnífico, claro, tienen mucha tierra, al menos un par de miles de pérticas (quince pérticas son una hectárea); y, aunque un año el forraje ande escaso, otro año el precio del trigo esté fijado un poco demasiado bajo, o el arroz no rinda, o lleguen todos juntos unos impuestos de sucesión atrasados, por mal que vaya se tratará de renunciar a cambiar el Alfa Romeo para el verano, o de no comprarse un pellejo nuevo para el próximo Saint Moritz; pero la actividad de los cientos de vacas y de la quesería aneja basta de todos modos para producir una renta bastante satisfactoria aún. El sello de la casa, total, sigue grabándose todos los días en las pellos de mantequilla o en los quesos del país o parmesanos; y en el fondo no importa mucho que no se vean nunca en los escaparates de las buenas tiendas del centro; no es necesario que sean precisamente de una gran marca, pueden perfectamente ser de calidad corriente o inferior, pero qué importa..., total, mantequilla y queso, la gente los comprará siempre, todos los días. Y, si la cosa va pero que muy mal,

se venderá la leche a la central sin elaborarla, como cuando, en los años de granizo en las colinas, unos diez kilómetros más abajo, se vende la uva a la Bodega Social en vez de pisarla en casa, y a lo mejor se está un año sin hacer bodega. Aunque, por lo demás, y también con bastante frecuencia, los terrenos agrícolas que dan a carreteras vecinales asfaltadas pueden venderse también espléndidamente como solares para edificar.

¿De dónde viene el dinero? Durante varias generaciones han sido arrendatarios de fincas rústicas en el Bajo Milanésado, por ejemplo, de propiedades del Hospital Mayor. Después, a finales del XIX, a los hijos varones se les empezaba a comprar, una tras otra, una finca propia, organizada según la majestuosa estructura de cuadrilátero lombarda que se ve muy bien en especial desde un avión, el edificio de la vivienda con las casas de los campesinos y los establos y los corrales en torno al mismo gran patio patriarcal con el estiércol y los regueros (y un jardín exterior, en cambio, rodeado por un simple muro), mientras a las hijas se las acallaba con una dote en dinero líquido, que permitía a sus maridos iniciar una profesión en la ciudad y comprarse también una casa en el campo para el verano de *kulaks* tipo *Tío Vania* y *Las tres hermanas*. Pero también durante largos periodos han vivido, por culpa de hijos en la escuela o de abuelas viejas a las que cuidar, también en Milán, en casas generalmente propias, incluso en un hotelito con jardín en Porta Vittoria a comienzos de siglo, revendidos después con beneficios, y regresando siempre a la tierra en las fases de guerra o de depresión económica.

Este es, en suma, el tipo de chica que vive buena parte del año en el campo, en esa gran casa próxima a la carretera, en el centro de una de las fincas del circuito entre Lodi, Sant'Angelo —de donde es la santa Cabrini, que era una

tipa tremenda, y de hecho en la zona suele aún decirse como modismo «más malo que la Cabrini»—, Codogno, Piacenza y Casale, es decir, Casalpusterlengo, adonde se va al mercado dos veces por semana, los lunes y los jueves.

También ha vivido en Milán durante años, ha ido un poco al colegio, que plantó bastante pronto, aunque sin la soberbia de ciertas compañeras de colegio de determinadas viejas familias de Monza, que miran siempre de arriba abajo todo lo que es de Milán, porque se consideran más antiguas y más sólidas. También en Roma, varias veces, bastantes semanas, con un tío y una tía que pasaban siempre allí todo el invierno en un cuarto de hotel, por la salud y por el clima. En cualquier caso, entre el consabido Montenapoleone y el eterno Portofino conoce a distinta gente, y lo ha aprendido casi todo; pero en la ciudad nunca se ha quedado demasiado y, por lo demás, antes aún de Portofino no están tan lejos los años de Cavi di Lavagna y Spotorno, cuando las mamás decían a los niños: «Mariarosa y Giancarlo, ay de vosotros como juguéis más con Giampiero, que es un golfillo, y tampoco la mamá de Gianluca y la de Gianluigi y Pierluigi los dejan jugar juntos». Después llegaron los años en que todos los niños se llamaban Patrizia o Fabrizia o Tiziana o Graziano, ya se sabe; y después cambiaron de playa.

Pero Milán, ahora, se lo saltan bastante. Llegarán allá ciertamente, para pasar el día y a lo mejor unos días, las chicas de Lodi, para ir a una gran modista o comprar chismitos maravillosos y carísimos para la cocina americana de San Babila; o llegarán junto con los hermanos y los amigos, y todos, el domingo por la tarde, para ir a San Siro, después una buena comilona en un estupendísimo sitio toscano donde además siempre se encuentra también a algún jugador, y por la noche acaso al cine. Pero desde hace unos años tienden a saltarse Milán, aunque a lo mejor aún tienen allá el apar-

tamento o el abono de la sauna; puestos a viajar, la verdad da igual, cuando uno sale, pasar unos días en París o en la montaña en Suiza, o a lo mejor (aunque mucho más raramente) pasar unos días en Roma. Pero con fastidio. Con más frecuencia se marchan a Londres: su curso de inglés, y de todo, casi siempre lo han hecho allí. Y naturalmente de ahí sale esa afición suya a ciertas galletas, ciertos servicios de plata labrada, ciertos téis, ciertas librerías giratorias, y cierta marca de *whisky*, y cierta marca de jerez, amén, obviamente, de esa oleada de cachemira que ha acabado por conquistar incluso a los padres más fascistas, tras haber transformado a cualquier madre o tía con ese inverosímil conjunto llamado *twin set*.

Las lenguas extranjeras, una o dos, con su acento de Lodi, las hablan bien y hasta bastante deprisa; el coche lo guían con bastante desenvoltura desde hace muchos años; sus billetes de avión o sus entradas de teatro, con su reserva y todo, están acostumbradas a cogérselos solas, y lo mismo con los chicos más o menos mayores —«¡estos tontainas!»—, si ellos no lo consiguen, saben perfectamente cómo hacer para llevárselos enseguida a alguna parte, o para retenerlos para después. Total, esos tontainas siempre están a mano. Las casas se han apresurado a renovarlas, con sus chimeneas o sus bares y sus escaleras nuevas, con vengas de mármol y vengas de bronce bien brillante, y su caoba, y todos los cuartos de baño que funcionan bien; pero después bastantes de las viejas cosas tiradas de mala manera en el desván, entre viejos chismes, han acabado volviendo abajo, pisándoles los talones en parte a la panoplia de los moldes de budín de cobre comprados carísimos en la carretera de Camogli a Santa Margherita. Hace unos años —eran pequeñas y no se sabía si la posguerra había acabado ya o no— aprendieron todas, pero todas todas, a hablar con muchas sibilantes, que caían como cuchilladas sobre la tarta, en lugar de las «c» y de las «g»: vamos al «sine», he aprendido el «sharlestón»,

te «gusssta», pero qué me «dises», ay qué buen viaje «hise» a Montecarlo. Aunque con un acento, un «asento», mucho más suizo que boloñés... Milanín, Milanón, de todos modos, lo miran ya siempre como una especie de *pied-à-terre* o de *supermarket*, considerándolo un poco desde arriba, cuando bajan a hacer *shopping*; pero con eso basta; nada más, nada de nada; ¿vivir allí todo el invierno?, no vale la pena; uno baja cuando lo necesita, si tiene muchas ganas..., hacia las once o hacia las cuatro..., pero da igual (se está mucho mejor) roncar en casa, en las grandes habitaciones llenas de sofás, en compañía de alguna amiga del lugar y de algún huésped extranjero o extranjera entre Londres y Saint Moritz y Montecarlo, y una tía cualquiera que cuando tiene ganas de meterse en la cocina sabe hacer de comer infinitamente mejor que cualquier Cordon Bleu toscano, y los chicos en la casa, qué bobadas de licenciatura, ocupándose del negocio. En contabilidad son buenísimas, hasta demasiado expertas en costos; vigilar el trabajo no les cuesta nada porque lo conocen bien desde que han nacido, han nacido dentro de él, y con los mozos del establo y con los chalanes en la plaza saben perfectamente cómo tratar, si a mano viene; y muchas veces, precisamente por la pasión por la tierra y el interés por el dinero, después de casadas vigilan mejor ellas el negocio que el marido.

Nuestra amiga no tiene ni padre ni madre desde hace unos años, pero por lo demás esa es una generación que siempre contó poquísimo. Quienes mandan en casa son los abuelos —más energética ella, más decorativo él—, que hacen marchar bien las tierras; después de todo, han mandado siempre; ellos son los verdaderos fundadores. Será por eso por lo que ella está tan apegada a su hermano, que tiene casi dos años menos; pero en sustancia son casi iguales, las batas e impermeables de él suelen irle bien a ella. También casi

el mismo pelo. Criados siempre juntos, se llevan muy bien, a espaldas de la abuela, que repite de buena gana «¡En esta casa mando yo!» y «Mientras yo esté en el mundo se hará como se ha hecho siempre»; se cuentan incluso sus cosas más increíbles, aunque la abuela siga repitiendo «Mientras yo viva, ¡en esta casa no se cambia nada de nada!», y por la mañana, si se quedan en la cama hasta bastante tarde, tienen la costumbre de contarse todo lo que han hecho la noche antes. Nuestra amiga, Roberta, lo llama de buena gana con todos los nombres de los chicos fotografiados en el *Paris Match*, porque se parece muchísimo a todas sus fotos en colores: idéntico pelo, idénticos ojos, sonrisa igual (y él, acaso a causa de los ojos, probaba igualmente a llamarla con algún nombre de actriz, pero es una tontería, ella no quería, y lo ha dejado; además no se parece realmente a ninguna). Pero las confidencias que los dos se hacen son verdaderamente sobre todo, hasta el punto de que ninguno de los dos hace nunca el amor sin ir después enseguida a contárselo todo al otro, llamando al pan pan, y a la polla, polla.